

respectivas, y la contribución específica de organismos internacionales (como es el caso de UNESCO a través de la Comisión Nacional de Programa Hidrológico Internacional, CONAPH), se están impulsando acciones de alto interés como:

- Manejo integrado de cuencas.
- Renovación integrada de cuencas.
- Saneamiento de cuencas contaminadas.
- Defensa de ciudades costeras contra inundaciones.
- Prevención de riesgos (sistemas de alerta, monitoreo, etc.)

El panorama es alentador, incluso con acciones tan destacadas como la Hidrovía Fluvial de los ríos Paraguay, Paraná, Uruguay, emprendiendo entre Argentina, Paraguay, Brasil, Uruguay y Bolivia, de casi 4.000 km de longitud (el sueño de la Cuenca del Plata casi realizado); el manejo de cuencas binacionales entre Argentina y Chile, o el Programa Árbol (argentina-Bolivia) para saneamiento urbano y prevención en las fronteras entre estos dos países.

Quizás el desafío que resta realizar es la decidida integración entre estas dos grandes cuestiones que son el agua y el territorio. Inmensas cuestiones quedan por afrontar en tal sentido: las ciudades se inundan también por mala escurrentia del agua de lluvia, sus barrios marginales se siguen asentando en zonas inundables por falta de correlación entre el urbanismo y el manejo del agua, inmensas obras hidroeléctricas desperdician su potencial de desarrollo no utilizado para el riego y otras formas de manejo sostenible del agua. La vida biológica que el agua contiene, y la pesca en especial, pasan de extremos de agotamiento del recurso a través de la depredación, a total falta de explotación del mismo. Se están desertificando inmensas zonas de pampa húmeda, en las cuales se canaliza el exceso de agua de algunas épocas del año o periodos lluviosos, y se deja sin agua para épocas de escasez.

De todos modos el problema de Argentina debería ser de rápida y decidida resolución. Territorio no falta y agua tampoco.

Brasil

Roberto SEGRE

PROURB. Universidad Nacional de Rio de Janeiro.

BRASILIA FIN DE SIGLO: MODERNA O POSTMODERNA

América Latina, la «Tierra Prometida» hizo realidad los sueños europeos de materializar el ansiado modelo de la ciudad contemporánea. Nunca imaginaron los miembros del CIAM en aquel lejano 33, esperanzados viajeros del buque Patris, que los postulados resumidos por Le Corbusier en la «Carta de Atenas», se concentrarían, no en Moscú, París o Argel, sino en los años sesenta

en la capital del Brasil. Nada quedó fuera de la estructura urbana: la rígida planta de la *Ville Radieuse* se suavizó en el área de curvatura diseñada por Lucio Costa; los abstractos rascacielos cartesianos de la *Cité des Affaires* fueron sustituidos por la plasticidad volumétrica del Congreso en la Plaza de los Tres Poderes, concebido por Oscar Niemeyer; por último el obsesivo anonimato del tejido

propuesto por Hilberseimer, desapareció en el contexto de la naturaleza tropical, recreada por Burle Marx en la sequedad del paisaje circundante. Sólo tres hombres, casi demiúrgicamente, sintetizaron toda la cultura urbana moderna en Brasilia, una ciudad de medio millón de habitantes, proponiéndose demostrar la vigencia del viejo lema bauhausiano expresado por Gropius: la integración proyectual «de la cucharita a la ciudad».

Cumplido el cuarto de siglo de existencia –casi un instante en la vida de una urbe–, la perfección de las formas puras se levantaban majestuosas en el Planalto brasileño. Todo parecía indicar que la inalcanzable utopía había sido atrapada, que la vanguardia de la Primera Modernidad ya poseía su paradigma urbano objetivado sobre el globo terráqueo. De allí la necesidad de salvar esta imagen incontaminada: en 1986, la UNESCO declara Brasilia «Patrimonio Cultural de la Humanidad», sumándose a los monumentos milenarios del planeta. Casi setecientos años, la ciudad, de repente es historia «congelada», antagónica al latir de la *living city* de Frank Lloyd Wright. De la nada, del vacío de un territorio desierto, sin preexistencias ambientales, la complejidad de la vida urbana quedaba enmarcada en la monumentalidad de una Acrópolis. Contradicción imposible de contener dentro de los límites de la *Güte Form* –parafraseando a Max Bill–, cuyo estallido, según opinara el antropólogo Paul Rabinow, en el reciente libro *Modernity & Identity* (1992), la convirtió, de símbolo del *Movimiento Moderno*, en materialización concreta de la postmodernidad urbana. Se ha cumplido la venganza de Moctezuma: de la tierra ancestral brota una realidad ajena a los ideales y modelos impuestos desde lejanas metrópolis.

¿Qué factores produjeron los profundos cambios, responsables de la crisis de los valores originarios? La perfección formal, los límites precisos del *Plano Piloto* de Lucio Costa, hoy sólo circunscriben el «Acrópolis» incontaminada de la ciudad: mientras 400.000 habitantes radican en él, 1,3 millones se asientan en las áreas periféricas. Los símbolos arquitectónicos de la centralidad quedaron reducidos al distante mensaje político –decaído y desprestigiado en la

reciente historia del Brasil–, aislados y opuestos a toda significación polisémica. El «centro», en términos económicos y sociales, se ha desplazado a los núcleos satélites de mayor vitalidad: Taguatinga, Ceilandia y Gama. O sea, expandida una estructura urbana discontinua, el tema actual es el rescate y definición de los bordes y las fronteras más que la preservación de los espacios monumentales. Frente a la «dictadura» del diseño en el *Plano Piloto*, las ciudades satélites se caracterizan por la precariedad de los controles formales. En contraposición a la coherencia de los hipotéticos intereses colectivos, predomina la arbitraria acción individual. Tanto en el *Plano Piloto* como en los bordes, la gráfica publicitaria y las transformaciones de los usuarios en las viviendas aisladas, han recuperado la historia a través del kitsch vernacular, que ha llenado la ciudad de balaustres clásicos, techos alpinos, piedras milenarias y rejas islámicas. El desorden de la vida ha doblegado el orden abstracto de las «geografías mentales» (Aldo PAVIANI).

Los antagonismos del entorno reflejan la realidad social y económica imperante: por una parte, en el *Plano Piloto*, la renta per cápita más alta del Brasil –4000 us\$–; en los núcleos periféricos, radican 320 mil personas carentes de abastecimiento de agua y 610 mil sin alcantarillado. El sistema de transporte presenta un cuadro similar: la mitad de la población del *Plano Piloto*, utiliza el automóvil en cortos recorridos –600 mil unidades que han saturado la circulación fluida en las autopistas–, para integrarse a las actividades esencialmente administrativas, mientras el 75% de los habitantes suburbanos consume largas horas de su vida en viejos, precarios y costosos ómnibus para cumplir con las tareas terciarias y manuales. Ante la dureza de la vida cotidiana –que reproduce las condiciones imperantes en las ciudades tradicionales del Brasil–, las masas desposeídas han buscado el alivio esperanzador en la religión. La racionalidad de la forma urbana contiene centenares de iglesias de las más disímiles sectas y creencias, y alberga un misticismo universalístico que prevé la salvación en estas tierras, una vez terminado el inminente *Diluvio Universal*.

Menos pesimista es el actual Gobernador del Distrito Federal, Cristovam Buarque, ex Rector de la Universidad y miembro del PT (Partido de los Trabajadores), quien, al formular el plan de acción hasta el año 2000, sostuvo: «Nuestro compromiso es de reinaugurar Brasilia. Reinaugurarla en el sentido de crear una respuesta al desafío de nuestro tiempo, como lo hiciera entonces Juscelino Kubitshek. En aquella época el grande desafío era la integración nacional y Juscelino creó Brasilia. Hoy, nuestro grande desafío es combatir la segregación social y crear el proceso de integración social para alcanzar un desarrollo sustentable y solidario». Ante la primacía de los problemas comunitarios, la complejidad de la vida ha tomado la delantera sobre la simplicidad de la forma. Federico de Holanda, estudioso de la problemática urbana, ha resumido algunos de los puntos que presiden las futuras acciones

en el centro y la periferia. Por una parte, mejorar las precarias condiciones de vida y de trabajo de los 1,4 millones de habitantes que residen en las ciudades satélites; por otra, reformular los principios del diseño incontaminado de Lucio Costa y Oscar Niemeyer para el Plano Piloto y superar los errores detectados en la cotidianidad de 35 años de práctica comunitaria: reorganizar el sistema circulatorio y crear los inexistentes elementos direccionales de ordenación del espacio urbano; fortalecer los precarios sitios de encuentro de la vida social; densificar las áreas habitacionales; ocupar las «tierras de nadie» y los terrenos vacíos, revertiendo las enormes deseconomías de la dispersión. Así, las dos Brasilias, la modernista y la postmodernista lograrían puntos de encuentro, encaminados a lograr una articulación que refleje toda la complejidad de la vida social en las estructuras urbanas del futuro.

EE.UU.

Thomas F. GLICK

Departamento de Historia. Universidad de Boston (EE.UU.).

ESTADOS UNIDOS: AGUA Y PLANIFICACIÓN REGIONAL

Entre las múltiples facetas de la, compleja y controvertida, relación entre el agua y la planificación regional en Estados Unidos en el siglo XX, son tres las que quiero comentar aquí:

1. Los principios de planificación hidráulica a nivel nacional.
2. La valle del Tennessee, como ensayo señalado.
3. El problema idiosincrático del agua en el suroeste estadounidense.

En 1933 la administración del presidente Roosevelt creaba un organismo para asesorar y coordinar el uso de los recursos naturales.

Se llamó la Junta para Planificación de Recursos Naturales (*National Resources Planning Board*), una de cuyas dependencias era un Comité de Aguas que preparaba el informe conteniendo una serie de recomendaciones, que incluían un plan de experimentación selectiva en planificación regional de las aguas en proyectos determinados y una llamada para una política nacional de aguas. Los informes preparados por el Comité en 1934 llenaban alrededor de seis mil páginas. Dos años más tarde la Junta publicó una síntesis en 540 páginas titulada: «*Drainage Basin Problems and Programs*» (Problemas y programas de las cuencas). El